

Presentación

María Zambrano se ha referido a la totalidad de su obra presentándola como fragmentos de una casi inconsciente e imposible autobiografía; imposible, nos dice, porque habría de incluir “los momentos y las épocas enteras de oscuridad, en que uno no se está presente a sí mismo”¹. Sin embargo, aunque “el hombre es el ser que no se está presente a sí mismo”, sabe que “necesita estarlo, necesita no solamente revelar sino revelarse”, de forma que su “vocación”, el sentido de lo que “aún queriendo no ha podido dejar de ser” se vuelca en la respuesta a esta necesidad: “mi verdadera condición, es decir, vocación, ha sido la de ser, no la de ser algo, sino la de pensar, la de ver, la de mirar”². Ser, pensar, ver, mirar son el sustrato de su escritura, que se apoya y brota de una irrenunciable voluntad de pensamiento, a la búsqueda de la palabra que la vida necesita; su mirada atenta le permite ver y dar a ver mediante “esa palabra perdida, se dice, esa palabra que se escapa, esa que se disipa, esa que no llega a formularse porque lo humano no está acabado, está empezando”³.

Si hay algo que dota de unidad y coherencia a esos fragmentos autobiográficos que son sus escritos es, tal vez, la decisión de desvelar, de manifestar las posibilidades del ser humano, atendiendo a lo que germina en la sombra, a la espera de ser “sacado del silencio”, intentando proporcionar la palabra que declare el fracaso de su realidad naciente, confiando en que allí perviva la posibilidad como germen de vida. En este sentido, su “filosofar” se presenta en su obra como el decurso de una razón que desciende al fondo originario de la vida para desentrañarla, llevándola a la luz a través de la palabra.

El filosofar zambraniano se conjuga, como sabemos, “entre el ver y el escuchar”. Filósofa “muy de la voz”, como atestigua también su misma biografía, va trabando en su obra toda una serie de presencias, cuyo eco es más o menos perceptible, pero que han quedado incorporadas a la formulación de su vocación, “esencia de la vida”, que le confiere unidad y la vincula a sí misma; y así aparecen a modo de “huellas y signos” de un trato en el que la “irreprimible necesidad de expresión” se aúna, nos dice, con un cierto temor: “temor casi supersticioso a los nombres de los grandes filósofos, sustraídos al paso del tiempo; temor

Notas:

¹ Zambrano, M., “A modo de autobiografía” en *Anthropos*, nº 70-71, 1987, pp. 69-70: “A modo de autobiografía, porque no estoy muy cierta de poder hacer de mí una biografía, a no ser esas que he hecho ya, sin darme cuenta, en mis libros y sobre todo en mi vida [...] Mas lo que resulta imposible en principio es revelarse a sí mismo, es decir, hacer eso que se llama una autobiografía, porque habría que hacerla en la forma más pura y transparente, es decir, incluyendo los momentos y las épocas enteras de oscuridad, en que uno no se está presente a sí mismo. El hombre es el ser que no se está presente a sí mismo, y necesita estarlo, necesita no solamente revelar sino revelarse”.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

también, y no el más leve, ante el pensamiento viviente de mis maestros”⁴.

Desde el inicio de su trayecto Zambrano ha buscado formas de conocimiento “portadoras de alguna acción específica y necesaria”, formas “activas y actuantes”, “creadoras” en la medida en que encierran, en expresión orteguiana, “ideas vigentes”⁵ que “alimentan la vida del hombre que las necesita” y “apuntan a un centro”⁶. Estas primeras indicaciones de la autora delimitan el marco en el que podríamos situar la reflexión en torno a su relación con el pensamiento filosófico del siglo XX, una relación que puede ser enfocada bajo múltiples aspectos, que irían de la influencia efectiva a la mera coincidencia propiciada por la contemporaneidad, pero que se establece siempre a partir del trato personal y atento con autores y obras que adquieren así una presencia significativa en la suya.

Es muy probable que, como decía Jeanne Hersch, “en toda gran filosofía haya un gesto filosófico fundamental, escondido bajo las operaciones intelectuales –de las que no puede prescindir, pero es más importante que todas ellas-, que hay que intentar mimer para comprender verdaderamente el texto”⁷. De ser así, la comprensión de una obra se orientaría al “gesto filosófico” que la define; un gesto, sin embargo, escondido, que nace de un “centro”

y que encierra, a su vez, la raíz de su fuerza, de su posible “grandeza”.

Se trataría, pues, de identificar autores y temas cuya presencia en los escritos zambranos, sabiendo, como ella misma nos dice, que “nadie enseña a nadie Filosofía”⁸, invitan a considerar cómo y por qué han alcanzado y permanecido en el “fondo creador de la memoria” en el que se origina el pensar, cómo han sido acogidos en el desarrollo de éste y hasta dónde llega su huella, hacia qué filiaciones y correspondencias obligan a dirigir la mirada.

En este sentido, los artículos que conforman la primera parte de este volumen recogen diversas aproximaciones a la autora desde las posibilidades de diálogo que ofrece con Heidegger, Arendt, Nietzsche, Weil... Mientras que los que presentamos en la segunda se centran en aspectos que proporcionan “puentes” y vías de acceso que faciliten transitar por su obra: el esclarecimiento y documentación de aspectos biográficos, la atención a la sintonía que mantiene con el ámbito cultural, en este caso el cine, o la profundización en autores cuya relación con Zambrano sólo ha comenzado a trabajarse.

Carmen Revilla

⁴ Zambrano, M., “Advertencia” a *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 17-19.

⁵ Zambrano, M., “La Guía, forma del pensamiento;” en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 74.

⁶ O.c., p. 77.

⁷ Hersch, J., *Eclairer l'obscur*, Lausanne, L'age d'homme, 1986, p. 36.

⁸ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 196.